

Relecciones

Revista Interdisciplinar de Filosofía y Humanidades

nº
01

HACIA UNA NUEVA RACIONALIDAD

NOVIEMBRE 2014



Artículo extraído del número 1 de *Relecciones*

RESEÑA DE

**“El arte de la vida”
de RUPNIK, SJ, Marko Ivan**

Reseñado por
AGEJAS ESTEBAN, José Ángel

www.relecciones.com



Universidad
Francisco de Vitoria
UFV

El arte de la vida

Autor / Author

RUPNIK, Marko Ivan

Editorial / Publishing company

Fundación Maior, Madrid, 2013, pp. 226

El reto de educar ha sido siempre una de las tareas que más ha inquietado a toda cultura y civilización. La *paideia* occidental, iniciada con la tradición helénica y enriquecida con la judeocristiana, ha visto cómo se tambaleaban sus cimientos en las últimas décadas. Una crisis cultural es una crisis educativa de inicio a fin. En este apasionante volumen, el jesuita, artista y teólogo Marko Ivan Rupnik nos ofrece, en forma de unos imaginarios diálogos, una serie de reflexiones sobre cómo hacer frente a la crisis actual.

Son dos los personajes que intercambian sus experiencias y perspectivas en los siete capítulos del libro: el anciano monje Boguljub y la joven neurocirujana Natasha, sobrina del padre Vassilij, el más fiel discípulo del monje Boguljub. En el capítulo inicial se nos ofrecen las claves de qué hemos de entender por educar y formar en una sociedad y un ambiente que parecen rechazar todo lo que eso ha supuesto siempre. Tanto es así, que Natasha se acerca al monasterio a visitar a su director espiritual, el padre Boguljub recordando cómo la hija adolescente de unos vecinos, siempre ocupados e inquietos por destacar en un mundo ficticiamente competitivo, ha sufrido un coma durante una de esas fiestas típica de nuestros días, en las que «los jóvenes —más bien los jovencísimos— se juntan y beben, beben mucho y mezclan de todo» (p. 8).

Lo más interesante de este libro, a nuestro juicio, no es sólo la aportación de autores de la tradición cristiana occidental y la recuperación de la sabiduría de muchos Santos Padres de los primeros siglos cristianos, sino sobre todo, el planteamiento: la relación cultural que el cristiano ha de establecer con el pensamiento dominante, como en los primeros siglos, no es de conflicto, ni de condena, ni de choque, sino de diálogo creativo desde la conciencia de la verdadera vida recibida en plenitud.

«Para educar hoy son necesarias la creatividad y la visión. Nuestra mirada no puede encerrarse en una metodología prestada de alguna ciencia pedagógica y nuestra práctica de hace 50 años. En otro tiempo la fe inspiró en Europa toda la vida cultural, como una levadura. Y, todavía más atrás, al inicio del cristianismo, una comunidad cristiana pequeña, perseguida y extremadamente variada, heterogénea, sin ninguna identidad histórica y sin pertenecer a ninguna cultura, desplazó al potente sistema de educación

clásica... Hoy, en cambio, estamos imitando al mundo en casi todo. (...) La educación es un detalle. Importante, cierto, pero que debe ser colocado en el conjunto. Y es el conjunto lo que nosotros hemos traicionado. Ya desde hace varias generaciones el mundo nos ha convencido para que consideremos cada realidad singular como un todo» (p 14).

Desde el primer capítulo, por tanto, las reflexiones del monje van a ir trazando un plan cultural, esto es, un plan de vida para recuperar la unidad del todo y superar la visión fragmentaria ideologizante que acabamos de reseñar. El subtítulo del libro, «lo cotidiano en la belleza» nos da una pista importante de cuál es la propuesta de reforma educativa que Rupnik lanza desde estas páginas: la comunicación de una «sabiduría que abra el corazón de las personas a una comprensión verdadera la vida» (p. 26), lo que va íntimamente ligado con la visión que la fe nos ofrece del hombre y de la realidad a la luz de su destino final, de la plenitud de vida en Cristo. Que la vida y su sentido vienen de Dios es algo que sólo podemos descubrir a la luz de esa sabiduría que las ciencias modernas parecen haber agotado. Porque, dice Rupnik a través de las certeras reflexiones de Boguljub, «la ciencia da la impresión de tener algo que ver con la vida, porque considera la realidad material y psíquica de la creación. Sin embargo, por honestidad, declara a priori que su campo es lo que podemos llamar el material de los seis primeros días de la creación, cuando aún no había soplo; por lo tanto, un material que se comprende en la clave de la razón humana por sí sola. Pero afirma abiertamente que no es de su competencia ocuparse del soplo de Dios, y por lo tanto, no lo considera» (p. 29). Por lo que el arte de la vida (lo afirma explícitamente en la p. 30), que es el mayor potencial de nuestra existencia, consiste en «fecundar esta vida con la vida verdadera, la que no tiene ocaso».

No podemos alargarnos mucho más en el análisis de este capítulo inicial, en el que desarrolla un interesante diagnóstico no sólo de la crisis actual, sino sobre todo, de las razones por las que los cristianos se encuentran sin capacidad de propuesta alternativa a dicha crisis. Concluiremos apuntando dos elementos más que constituyen buena parte del fundamento para comprender el itinerario que sigue en el resto de capítulos del libro.

El primero, que los cristianos podemos ser un obstáculo en la propuesta del camino que ha de seguir el hombre para la libre adhesión por amor con Dios. ¿La razón? «En los últimos siglos también nosotros hemos hecho nuestra una especie de humanismo radical, no en el terreno de los valores, sino en el de los criterios metodológicos, de las formas particulares, de los itinerarios epistemológicos, que sin embargo nacieron frecuentemente en contradicción abierta con el universo de la fe. Con este bagaje y obrando de la misma manera en que obra el mundo, queremos, sin embargo, poner siempre un sello religioso sobre nuestras cosas. El resultado no puede ser otro que provocar una especie de alergia a lo religioso, porque mediante este modo de proceder, lo humano no percibe lo divino como liberador, como redentor de la humano, sino como un formalismo sofocante, como un moralismo cultural, y al final, como un adorno, por lo tanto como algo no indispensable, de lo que uno se puede deshacer sin problemas» (p. 37).

El segundo, la propuesta del camino del símbolo como el método de conocimiento auténticamente integral, aquel que aúna teoría y vida, el que posibilita un nuevo estilo educativo, que no se realiza sobre modelos externos a nosotros mismos, sino sobre la recuperación de la vida plena, aquel que le devuelve a la vida del espíritu la primacía sobre la materia. «Mediante el símbolo, que por su naturaleza es una realidad que es más que ella misma, una cosa que manifiesta en sí misma lo que ella no es, lo que es más que ella misma y que sin embargo se revela por medio suyo. El símbolo es, pues, una realidad fenoménica, que pertenece a nuestro

mundo, pero a través del cual se vislumbra una realidad más profunda que le da significado. Todo lo que vemos, no es sino el reflejo, no es sino la sombra de aquello que es invisible a nuestros ojos. El símbolo es así el reflejo de un doble orden de lo real, el del fenómeno, aquello que se manifiesta en apariencia, y el del noúmeno, es decir, el núcleo incandescente de las cosas. El símbolo es así la unión de dos mundos, unión no solo pensada, sino fundada en el amor del Dios Creador y Redentor» (p. 43).

Pasamos así a considerar en el capítulo segundo el papel de la imaginación en la educación, entendida como la capacidad del hombre de elaborar imágenes en su mundo interior. Hay una imaginación espiritual, que nos ayuda a huir tanto del materialismo como del intelectualismo estéril. «Se entiende que para que una imaginación sea real, debe apoyarse en la mirada de Dios. Mirarse como Dios nos ve. Lo que es en la visión de Dios, es lo que existe realmente y al mismo tiempo es el horizonte sobre el que ejercitamos nuestra creatividad imaginativa. La mirada de Dios, el ojo de Dios, no está sujeto a ningún cambio idealista, conceptual, pensado o demostrado empíricamente con métodos elaborados por nosotros mismos, porque el camino es Él mismo» (p. 76).

En el capítulo tercero («Una habitación conforme al hombre nuevo»), además de resonar muchos ecos distintos acerca de qué significa hacer habitable el mundo del hombre, contemplados desde la novedad radical del hombre redimido, encontramos una muy interesante propuesta: la pedagogía de los pequeños pasos.

Serán esas pequeñas sugerencias e indicaciones las que ayuden a entender las propuestas que se harán en el resto de los capítulos para introducir cambios que ayuden a reavivar el corazón de las personas y abrirlas a Dios: el hogar, el vestido, el alimento, el fracaso... Las heridas más profundas son las que dañan el corazón del hombre, y sólo una conversión de la mente a la vida, como dice el último capítulo, es capaz de hacer palpable en lo cotidiano la belleza que se desprende de la unidad del amor con y en Dios.

Podíamos señalar muchas intuiciones con las que Rupnik va salpicando esta obra a través de las reflexiones del sabio monje Boguljub. A modo de ejemplo, recogemos sólo alguna. Como cuando alerta del riesgo de la ideología también en el bien (pp. 116-119), que a su vez aporta una clave metodológica muy útil para quienes se mueven no sólo en el ámbito de la moral, sino de la filosofía en general: «cuando se experimenta que se ha entendido, es en ese momento cuando tenemos que estar atentos. Se trata de un ejercicio espiritual. Cada vez que la razón entiende algo, es decir, llega a captar una realidad con mayor evidencia, viendo más claramente los elementos que la componen, la inteligencia vive una especie de entusiasmo, una satisfacción que sacia. Esta satisfacción ofrece una especie de sabor a vida y nuestro asentir es ya una expresión arriesgada, porque la cosa entendida puede ser confundida con la vida misma, se puede pretender que corresponda simple y llanamente con la vida» (p. 117).

Es algo que retoma casi al final, por ejemplo, al hablar de la conversión de la mente a la vida en el último capítulo: «el conocimiento es una cuestión de toda la persona, no sólo de su inteligencia. (...) La inteligencia fundada en el epicentro espiritual de la persona humana es una inteligencia abierta a la acción del Espíritu Santo, y por lo tanto se realiza en el ágape y también actúa por medio de la comunión. Es una inteligencia contemplativa que, mientras descubre lo que conoce, instaura también una relación de comunión con lo que conoce. (...) Por eso un conocimiento contemplativo no es un conocimiento oprimente, obligante. No fuerza, sino que afirma; no encadena, no dirige, sino que contempla» (p. 195).

Resulta un libro lleno de sugerencias, de reflexiones atinadas, y sobre todo, de propuestas alternativas, llenas de la vitalidad del espíritu, y por lo mismo, que apuntan en la línea de una nueva racionalidad. «Una mentalidad simbólica no combate los conocimientos y las ciencias, sino que los abre unos a otros. (...) La fascinación que sorprenderá al hombre moderno, quizá ya en el lecho de muerte, es que esta inteligencia no excluye, no condena y no elimina aquella de la que el hombre está tan orgulloso, la que tiene el epicentro en lo psicossomático, sino que la atrae, la purifica y la eleva para que, desde dentro, le comunique todo lo que logra conocer, para que la inteligencia espiritual lo incorpore en el edificio espiritual. (...) Ya está claro que todo el planeta, no sólo una parte, necesita una armonización de las ciencias y de todos los conocimientos. De esto sólo es capaz una mentalidad exquisitamente espiritual que, con una inteligencia del símbolo, logre ver cómo una cosa contribuye a la otra, cómo todo se sostiene, para que así se realice la vida verdadera, que anhela todo corazón humano que no quisiera terminar sepultado en el olvido de su propia tumba, sino vivir para siempre» (p. 214). ■

José Ángel Agejas Esteban

Universidad Francisco de Vitoria
Madrid (España)

Re lectio nes

www.relecciones.com



Universidad
Francisco de Vitoria
UFV Madrid